

Hubo más: consintió en recibir lecciones de canto que los dos jóvenes se encargaron de darle á la vez.

Carmelita descifraba y ejecutaba brillantemente á primera vista los trozos más difíciles: su pulsación era elegante, pero su ignorancia en la música era por lo menos igual á su ignorancia en amor.

Tocaba sin conocer el valor de lo que tocaba, y este (permítase á un profano mezclarse por un momento en lo que no le pertenece), este es el gran vicio de la educación musical que reciben las jóvenes en los colegios. Se llena la cabeza de las discípulas de una música detestable bajo el pretexto de que es fácil. Así es, que si el profesor está desgraciadamente dotado de una de esas voces desastrosas que se llaman voces de salón (lo que significa claramente una voz imposible para teatro), si tiene además la fiebre endémica de los cantantes, que consiste en componer romanzas, como si bastase tener una voz cualquiera para ser músico, veréis que ese profesor va á inculcar á todas esas jóvenes cabezas fantasías de un gusto casi siempre equívoco; si no canta, el peligro es casi el mismo; en vez de sus romanzas impondrá sus tandas de rigodones, sus walses, sus galops, sus fantasías, sus variaciones, sus caprichos... ¡tristes caprichos! ¡neclias variaciones!

¡Por Dios! ¡señoras directoras de los colegios! ¡por Dios, exigid de vuestros profesores que enseñen la música que han aprendido y no la que ellos hacen! ¡Cómo! ¡Teneis las obras maestras de esos grandes maestros, de esos genios gigantescos que se llaman Haydn, Haendel, Gluck, Mozart, Weber y Beethoven, y autorizáis las gavotas de esos caballeros?

¡Parece imposible!

Pero no, esto sucede por el contrario todos los días.

La pobre Carmelita, con todas sus disposiciones naturales, se encontraba en este caso. Nunca se le había puesto en las manos más que la música de tercer orden ó cuarto, é ignoraba todos los encantos de la verdadera música.

Así es que acogió con entusiasmo las primeras palabras de los dos jóvenes sobre este punto.

Todo ello era simplemente una revelación.

Sólo que entonces se empeñó una lucha entre los dos amigos.

Colombán, grave y serio como un alemán, discípulo además del viejo Muller, encontraba toda la fórmula de sus pensamientos y de sus ensueños en la música alemana.

Camilo, vivo y ligero como un napolitano, no comprendía ni admiraba, ni admitía más música que la italiana.

Había justamente en sus gustos, respecto á la música, la misma diferencia que existía entre sus caracteres.

Tenian pues lugar mil discusiones entre ellos á propósito de la educación musical de Carmelita.

— La música alemana, decía Colombán, no es otra cosa que las pasiones humanas puestas en música.

— La música italiana, decía Camilo, es el ensueño puesto en canción.

— La música alemana es profunda y triste, decía Colombán, como el Rhin corriendo á la sombra de sus pinos y de sus rocas.

— La música italiana, decía Camilo, es alegre y azulada como el Mediterráneo á la sombra de los laureles y los rosales.

Hubiérase eternizado el combate si el prudente bretón no hubiera propuesto un armisticio.

Colombán ofreció hacer que estudiase la joven simultá-

neamente la música de Beethoven y de Cimarosa, de Mozart y de Rosini, de Weber y de Bellini.

Los dos caminos eran diferentes, pero conducían por un rodeo al mismo punto.

Comenzóse pues, y la joven recibió las lecciones de los dos amigos.

Al cabo de tres meses se hallaba en estado de cantar notablemente un terceto con ellos.

Desde este día había entrado la felicidad en la casa, así como tres meses antes había entrado el bienestar por la misma puerta y por el mismo camino. Se reunían casi todas las noches en la salita de la joven (salita cuyo papel, Camilo, el hombre de la invención, había tenido la idea de hacer que se renovase un día en ausencia de Carmelita, á fin de evitar á la huérfana, en cuanto fuera posible, el cruel recuerdo de la habitación en que había muerto su madre) y allí pasaban, desde las siete hasta medianoche, encantadoras veladas que se sorprendían de que transcurriesen tan pronto.

Colombán, dotado de una voz de barítono de una extensión prodigiosa, cantaba ora un trozo de Weber ó Mozart, ora un aria de Mehul ó de Gretry.

Camilo tenía una voz de tenor de una dulzura, de una pureza y de una suavidad angelical; cuando emprendía el aria de *Joseph* :

¡ Campos paternos ! ; Hebrón, dulce valle !

había en su acento una ternura tal, una tristeza tan profunda, que ni Colombán ni la joven podían oírle cantar esta aria sin que se les arrasasen de lágrimas los ojos.

Carmelita no se atrevía á cantar sola; hasta entonces no había dejado oír su voz, y eso timidamente, más que en

duos con uno ú otro de los dos amigos ó en tercetos con ambos.

Era una voz la suya de una extensión y de un poder extraordinarios: en ciertas arias en tono menor, salían de aquella boca de niña notas tan claras como los sonidos de la trompeta en una marcha fúnebre.

Otras veces sollozaba aquella voz como los sonidos del violoncelo.

Otras las notas que de su boca se escapaban, eran tan dulces como los sonidos de una flauta de cristal, ó melancólicas como los acentos del oboe.

Escuchábanla los dos amigos enajenados, y Camilo, que en otro tiempo no perdía un día de ópera, no había vuelto á poner los pies en el teatro desde que había oído por la primera vez á la que él llamaba la perla de París (*la Gemma di Parigi.*)

Sorprendidos estaban los dos al ver los progresos que Carmelita hacía de un día para otro.

Una noche se quedaron aturdidos al oírle cantar desde el principio hasta el fin toda la partitura del *Don Juan* que le habían dado la vispera. Tenía en efecto la joven una memoria prodigiosa: bastábale oír cantar una sola vez un trozo cualquiera, para repetirlo nota por nota un cuarto de hora después.

Colombán tenía toda una colección de música alemana; pero al cabo de algunos meses quedó agotada. Entonces se encargó Camilo de proveer á las necesidades de la sociedad filarmónica; registró todos los almacenes eligiendo, como era natural, trozos de sus maestros favoritos, trozos á que llamaba Colombán obras de baja latinidad.

La joven devoraba febrilmente todas estas partituras, y poco á poco su cabeza se llenaba de las obras principales

de todos los grandes maestros; y como cuanto no le hacía despreciar la ejecución, sucedió que al cabo de cierto tiempo se había hecho una música de una ciencia y de un talento maravilloso. Pasaban pues las noches así escuchándose cantar unos á otros; esta era la ocupación principal; después de cada pieza, venia alguna agudeza de Camilo, agudeza irresistible y que hacía que los que le escuchaban tuviesen un acceso de risa como niños.

Ó bien contaba una aventura de viaje, aventura picante ó arriesgada, pero referida siempre castamente.

Una cosa sobre todo maravillaba á Colombán: y era que este viajero indiferente y descuidado, que para él había visitado la Italia, la Grecia, el Asia Menor, como ave de paso que nada había visto, nada había retenido, nada comprendido, parecía desde que referia sus viajes á Carmelita, haber viajado á la vez como sabio, como pintor y como poeta. Ora referia sus investigaciones en medio de las ruinas; ora sus paseos á la claridad de la luna á las orillas de los grandes lagos; sus campamentos en las áridas desiertos, ó en las selvas vírgenes; y entonces era un nuevo Camilo, un Camilo desconocido que hacía relatos llenos de color de pasión, de entusiasmo y de franqueza.

Hallábase aturdido Colombán con esta metamorfosis: se le aparecía en medio de un brillo deslumbrador: no era el pilluelo ligero, calavera, indiferente y alabancioso: era un caballero encantador, que reunía á la vez las cualidades y la distinción del hombre de mundo, y el brío y el genio aventurero del artista.

¿Quién pues había hecho este milagro? Colombán lo ignoraba; pero además no pensaba preguntárselo.

Pero nosotros, lectores, que somos más curiosos que el bretón, buscaremos reunidos la causa de qué procedía ese

cambio en el espíritu y las maneras de Camilo de Rozán, como á veces se llamaba él á si mismo medio burlesca, medio orgullosamente.

La causa de este cambio no es difícil de encontrar.

¿Habéis visto un pavo real pasearse solo sobre un tejado? Nada más bello sin duda, pero al mismo tiempo nada más triste, ni sobre todo más infatuado de su persona! Mas con sólo que divise á lo lejos una pava, en el momento extiende su abanico de diamantes, de perlas y de rubies.

Pues bien, los diamantes, perlas y rubies de que estaban sembradas las narraciones de Camilo irradiaban bajo las miradas de la joven.

Hacia la rueda, como dice una frase trivial, pero expresiva.

Hubiera vivido veinte años con Colombán, sin que hubiese hecho á la amistad el honor de descubrir para ella una de las piedras preciosas de su rico cofrecillo.

Pero para ese Dios misterioso y desconocido que se cierne invisible por encima de las cabezas de las jóvenes, Camilo no tenía bastantes tesoros de bellezas, de talento y de imaginación.

Es propio entre dos amigos antiguos, lo mismo que entre marido y mujer, el no creerse obligados á lucir su ingenio entre sí; pero que aparezca un tercero, y en el instante mismo la conversación se anima como la de dos mudos que recobran de repente la palabra.

El honrado Colombán no atribuía la taciturnidad pasada de Camilo y su volubilidad presente á otra causa que al carácter desigual y caprichoso del joven.

En cuanto á Carmelita, educada en la severa casa de pensión de San Dionisio, convertida en seguida en enfer-

mera de su madre y testigo de su muerte, la tristeza había hecho hasta allí el verdadero fondo de su vida, y el grave bretón continuada sin saberlo, y hasta sin saberlo la misma joven, las lecciones bienhechoras al par que tristes del colegio.

Si en aquel momento, marchando directamente á su corazón, se le hubiese interpelado preguntándole á cuál de los dos jóvenes amaba más, indudablemente hubiera designado á Colombán sin vacilar por instinto natural, y en virtud de una fuerza irresistible que la arrastraba.

Su carácter serio, lejos de rechazarla, la atraía; coincidían frecuentemente en las apreciaciones que hacían de las cosas.

Camilo, por el contrario, tenía un carácter enteramente opuesto al de la joven: sus vehemencias la inquietaban, sus ligerezas la chocaban; estaba siempre pronta, como hermana mayor, á regañarle como á un chiquillo, porque su naturaleza fuerte y resuelta le había dado sobre Camilo algo de aquel imperio que Colombán había adquirido desde el colegio sobre su condiscípulo americano. Tenía para con él más bien esa solicitud que se tiene por los niños que la ternura que se experimenta por un joven.

Cuando trabajaba ó quería estar sola y Camilo entraba de improviso, no sentía embarazo alguno para decirle: « ¡ Idos, Camilo, que me estorbáis! »

Nunca se hubiera atrevido á decir semejante palabra á Colombán.

Por otra parte, Colombán nunca la estorbaba.

Resultó de aquí que Carmelita misma se equivocó acerca de sus sentimientos: tomó poco á poco aquella familiaridad que se establecía entre ella y Camilo, por un afecto de mayor vehemencia; tomó por temor aquel amor

respetuoso, pero profundo que la adhería á Colombán.

Colombán parecía retenerla, Camilo parecía arrastrarla.

Colombán la amaba, Camilo la seducía.

¿Cómo entrevía ella la vida en la infancia, sino como una guirnalda de flores, de las cuales la más bella es la más brillante? ¿Cómo entrevía la joven el amor sino como una tierra de promisión donde iba á poder deshojar la corona de sus ensueños?

La vida con Colombán era el estudio y el trabajo diario; la vida con Camilo era un viaje eterno á través del país confuso de la fantasía.

Si Carmelita manifestaba por la noche deseo de aprender una pieza de música de que se acababa de hablar, Colombán decía:

— Mañana la tendréis.

Pero Camilo, pronto á satisfacer los deseos de los demás, como ardiente era para satisfacer los suyos, Camilo, aunque fuera á medianoche, aunque lloviese á torrentes, y los almacenes de música estuviesen cerrados y los editores estuviesen dormidos, Camilo, indiferente á la lluvia y á la hora, Camilo, corriendo á pie á través de todo París, iba á llamar á la puerta del comerciante, hasta que éste, atraído por el precio exagerado que el joven ofrecía en vista de la hora intempestiva, se decidiese á abrir.

Un día en el Luxemburgo había manifestado Carmelita, bastante vagamente por otra parte, el deseo de tener una ó dos flores de castaño.

— Conozco, dijo Colombán, un jardinero que vive en la calle de la Salud: á vuestro regreso tendréis, querida Carmelita, un manojo de esas flores.

Pero Camilo, ágil como un gato, á pesar de los justos reproches de Colombán que le recordaba que estaban en

un jardín público, se había ya encaramado en el árbol, había roto una rama del castaño, y había bajado triunfante sin que le hubiese visto un solo guarda; porque había en él una especie de alianza entre la felicidad y la audacia: un quiromántico que hubiera estudiado la mano de Camilo, hubiese reconocido ciertamente, y seguido desde el monte de Marte á la muñeca, la línea de felicidad, recta, firme, sin ninguna desviación ni brisada.

En efecto, era imposible ser á la vez más temerario y más dichoso que Camilo.

Estos hechos y otros semejantes que se renovaban con cualquier motivo á cada instante, inspiraron á Carmelita una grande afección al joven, afección que participaba tanto del asombro como de la admiración.

Colombán notó muchos síntomas que revelaban la atracción que el criollo ejercía sobre la joven.

— Es muy natural, se dijo desde luego sin inquietarse por aquella atracción: tiene belleza, alegría, gracia, brillo; yo no tengo más que tristeza y fuerza.

En seguida, poco á poco en la probidad de su corazón, y á medida que así pensaba, su frente se hacía más sombría y su corazón se oprimía más: poco á poco se decía:

— ¡Dios mío! ¡me habéis hecho á la edad de veinticuatro años grave y severo como un viejo! ¡Qué triste compañero voy á ser para una joven de diez y ocho años, cuyos gustos todos serán antipáticos á los míos!... Y sin embargo, añadía dudando aún, todo me dice que sería capaz de hacer la felicidad de Carmelita, y que hubiera tenido el poder y la fuerza para ello, como tengo el deseo y la voluntad.

Después los miraba bellos jóvenes risueños, estrechados el uno al lado del otro, y le parecía que las dos aureolas

de juventud que ceñían su frente, no formaban más que una y que era una aureola de amor. Entonces sacudía la cabeza, y en pie, pálido, en la sombra mientras que Camilo y Carmelita irradiaban luz, decía:

— Quisiera ilusionarme inútilmente: esos dos jóvenes se aman, y es justo: parecen hechos el uno para el otro... Y sin embargo había soñado yo otra existencia para ella... ¡Querida Carmelita! ¡hubiera hecho yo de ella una elevada y orgullosa dama! ¡Camilo es mejor que yo: hará de ella una mujer feliz!

Y desde aquel momento Colombán, á pesar de los punzantes dolores, á pesar de la tristeza que le iba invadiendo día por día, resolvió hacer abnegación completa de sí mismo, y enriquecer á Camilo con los tesoros que había reunido.

Una noche que Camilo y Carmelita habían cantado con seductora voz apoyados uno en el otro, con los cabellos flotantes y la respiración confundida, un duo de amor en el que habían vibrado todas las cuerdas de aquella pasión humana que toca casi á la octava celeste, Colombán al entrar en su habitación puso la mano sobre el hombro de Camilo, le miró gravemente, y llenos de lágrimas los ojos, y de suspiros el pecho, pero con voz tranquila sin embargo, le dijo:

— ¡Camilo, tú amas á Carmelita!

— ¡Yo! exclamó Camilo ruborizándose, te juro...

— No jures, Camilo, y escúchame, dijo Colombán. Amas á Carmelita sin que lo sepas tal vez; pero la amas profundamente, si no de la misma manera, tanto como la amo yo mismo.

— ¿Pero Carmelita?... dijo Camilo.

— No he interrogado á Carmelita, respondió Colombán,

¿ Á qué fin ? No : ¡ sé bastante bien cuál es el estado de su corazón ! Confieso para alabanza de vosotros dos que la lucha ha sido larga, y que en cierta manera, á pesar vuestro, habéis sido arrastrados el uno para el otro... Hé aquí pues cuál es mi proyecto.

— ¡ No ! ¡ no ! exclamó Camilo, yo soy quien voy á decirte mi proyecto, Colombán. ¡ Hace bastante tiempo que recibo de ti sin darte nada, que acepto tus sacrificios sin poder devolvértelos ! Tal vez tienes razón ; si, estoy á punto de amar á Carmelita, de hacer traición á nuestra amistad ; pero te juro, Colombán, que nunca le he dicho una palabra de ese amor, y que hasta este momento en que tú me lo arrancas del fondo del corazón, me lo he ocultado á mi mismo... Es la primera falta que he cometido para contigo ; pero, te lo repito, no echaba de ver al deslizarme por esa pendiente tan dulce de la amistad de los tres, no echaba de ver, no, que me iba derecho al amor. Tú lo ves por mí : ¡ gracias ! tú me lo dices : ¡ tanto mejor ! ¡ Todavía es tiempo ! Sí, sí, querido Colombán, estaba á punto de amar á Carmelita, y ese amor me horro-riza, como si Carmelita fuese la esposa de mi hermano. Al escucharte pues, al sondear mi corazón, al ver el abismo, he tomado una resolución suprema : esta noche parto.

— ¡ Camilo !

— Parto ; voy á poner entre mis deseos y mi pasión una barrera insuperable : atravesaré el mar, é iré á vivir en el fondo de la Escocia ó de Inglaterra ; pero dejaré á París, pero dejaré á Carmelita, pero á ti mismo te dejaré.

Y Camilo se puso á llorar y se dejó caer sobre el sofá.

Colombán permaneció en pie, firme como la roca de esas playas donde hace seis mil años vienen á romperse las olas del mar.

— ¡ Gracias por tu generosa intención ! dijo : ¡ te lo agradezco como el mayor sacrificio que pudieras hacer por mí : pero es demasiado tarde, Camilo !

— ¿ Cómo demasiado tarde ? respondió el criollo levantando su cabeza toda bañada de lágrimas.

— ¡ Si, demasiado tarde ! replicó Colombán. Aun cuando yo tuviera el egoísmo de aceptar tu sacrificio, ¿ arrancaría yo ahora del corazón de Carmelita el amor que por ti siente !

— ¿ Me ama Carmelita ? ¿ estás seguro ? exclamó Camilo saltando.

Miró Colombán al joven, cuyo aspecto se había secado como á los rayos del sol de agosto.

— Sí, te ama, dijo.

Camilo comprendió todo lo que en él había de egoísmo en aquel acceso de alegría que por sus ojos acababa de salir de su alma.

— ¡ Partiré, dijo ; porque lejos de vista, lejos de corazón !

— No os separaréis, respondió Colombán, ó más bien yo no os separaré. Sería bien cobarde y bien débil si no supiese domar un amor que haría la desgracia de un hermano y de una hermana.

— ¡ Colombán ! ¡ Colombán ! exclamó el criollo viendo el esfuerzo que su amigo hacía sobre sí mismo.

— No te inquietes por mí, Camilo ; las vacaciones llegan dentro de pocos días, y seré yo el que parta.

— ¡ Nunca !

— Partiré tan cierto como te lo digo... ¿ Solamente... añadió el bretón con voz temblorosa, me prometes una cosa, Camilo ?

— ¿Cuál ?

— ¿ Me prometes hacer la felicidad de Carmelita ?

— ¡ Colombán ! dijo el criollo dejándose caer en los brazos de su amigo.

— ¿ Me juras respetarla mientras no sea tu mujer ?

— ¡ Delante de Dios ! dijo solemnemente Camilo.

— Pues bien, dijo Colombán enjugándose los ojos : adelantaré mi viaje algunos días ; porque ¿ comprendes, Camilo ? continuó el bretón con voz sofocada, por fuerte que yo sea, la fecha de mi resignación es demasiado reciente para tener incesantemente delante de la vista el espectáculo de vuestra felicidad... Os afligiría como un reproche. Partiré pues mañana, y mi desesperación tendrá al menos de bueno que dará á mi pobre padre algunos días más de felicidad.

— ¡ Oh Colombán ! dijo Camilo abrazando al noble bretón, ¡ oh Colombán ! ; Cuán pequeño y miserable soy á tu lado ! Perdóname el que te condene al eterno sacrificio de tu felicidad ; pero sabes muy bien, mi querido, mi venerado Colombán, sabes muy bien, repito, que te engañaba al decirte que iba á partir ; no, no hubiera partido : me hubiera quitado la vida.

— ¡ Desgraciado ! dijo Colombán. Yo partiré y no me mataré : ¡ tengo un padre !...

Y añadió con tono más tranquilo :

— Y sin embargo, tú comprendes que se muera por la mujer á quien se ama, ¿ no es verdad ?

— No comprendo al menos que se viva sin ella.

— Tienes razón, respondió Colombán : á veces se me ha ocurrido esa idea.

— ¿ Á ti, Colombán ? dijo Camilo asustado, porque aquellas palabras en boca del sombrío bretón tenían otra significación muy distinta que en la del indiferente criollo.

— ¡ Á mí, Camilo ! ; si !... ; Pero tranquilízate ! continuó Colombán.

— Si, has dicho que tenías un padre, y es así : ¡ tienes un padre !

— Y además os tengo á vosotros dos, mis buenos amigos, y temería dejaros un remordimiento. Vuelve pues en ti, Camilo ; yo estoy en calma ; no tengo al presente más que un deseo : ¡ volver á ver á mi padre !

Después, cuando el joven, impaciente por estar solo, se quedó sombrío y desolado como un árbol despojado de su follaje por el viento de diciembre :

— ¡ Padre mío ! continuó Colombán ; ¡ ah ! ; nunca hubiera debido abandonarte !

CAPÍTULO IX.

LA MARCHA.

Había fijado Colombán su marcha para el día siguiente por la tarde.

Fué para el joven un momento cruel aquel en que le fué preciso anunciar su marcha á Carmelita.

Hallábase ésta sentada bordando, cuando Colombán entró en su casa seguido de Camilo.

Levantó la joven la cabeza, sonrió á los dos amigos, les tendió la mano, y volvió á su bordado.

Hubo un momento de silencio. De aquellos tres pechos, dos estaban oprimidos hasta el punto de no poder respirar ; del tercero se escapaba una respiración dulce y pura.

En el momento en que Carmelita iba á preguntar á los

dos amigos la causa de aquel silencio, dijo el bretón con su voz melancólica :

— Me marcho, Carmelita.

Estremecióse Carmelita y levantó vivamente la cabeza.

— ¡ Cómo ! ¿ marcháis ? preguntó.

— Sí.

— ¿ Y adónde vais ?

— ¡ Á Bretaña !

— ¿ Y por qué os vais á Bretaña un mes antes de la época de las vacaciones ?

— Es preciso, Carmelita.

Miróle la joven fijamente.

— ¿ Es preciso ? repitió.

Reunió Colombán todas sus fuerzas para decir una mentira preparada desde la vispera.

— Mi padre lo quiere, dijo.

Pero los labios leales del bretón se prestaban tan mal á disfrazar la verdad, que balbuceó más bien que pronunció estas cuatro palabras.

— ¡ Partís !... ¿ y yo ?... dijo la joven con un sublime egoísmo.

Púsose Colombán pálido como la muerte : su corazón estuvo cerca de pararse.

Al contrario de su amigo Camilo, que sentía que le pasaba una llama por el rostro, y cuyo corazón aceleraba los latidos.

— Sabéis, Carmelita, dijo Colombán, que la lengua humana tiene una frase ante la cual vienen á estrellarse todos nuestros deseos, todas nuestras esperanzas : esta frase es la siguiente : *¡ es preciso !*

Había dicho Colombán estas palabras con tal resolución,

que Carmelita bajó la cabeza como si hubiesen sido pronunciadas por la boca del mismo destino.

Pero los dos jóvenes vieron caer de los ojos de la joven sobre el bordado lágrimas silenciosas.

Hubo entonces una terrible lucha en el corazón del bretón. Camilo seguía sobre el rostro de Colombán todos los progresos de su dolor íntimo ; tal vez Colombán iba á sucumbir, á caer á los pies de Carmelita, y á decirlo todo, cuando Camilo, apoyando su mano sobre el hombro de Colombán, dijo :

— Querido Colombán, en nombre del cielo, no marches. Esta súplica devolvió á Colombán todo su valor.

— Es preciso, dijo á Camilo, como había dicho á Carmelita.

Camilo sabía muy bien lo que hacía al suplicar, y qué poder tenía su voz sobre el corazón de su amigo.

Por lo demás, estas tres palabras que no habían bastado á Carmelita, bastaron á Camilo.

Calló Camilo : el efecto que había querido producir estaba producido.

Fué una triste velada aquella en que Colombán hizo esta declaración.

Sólo en el momento de separarse veían los jóvenes claro dentro de sí mismos.

Colombán comprendió qué amor irresistible, profundo, infinito, profesaba á Carmelita.

Si se hubiera visto obligado á arrancar aquel amor de su pecho, hubiese valido tanto como arrancarle el corazón.

Pero á lo menos aquel amor (seguro de él como estaba, y no temiendo llegar nunca á hacer traición á su amigo) podía conservarlo como un tesoro de dolores y de lágrimas.

Por su parte, Carmelita comprendía cuán violenta afección profesaba á Colombán.

Pero cuando en sus noches solitarias, en medio de sus ensueños de joven, se había encontrado frente á frente con aquella afección, y en la ingenuidad de su alma había pensado en el matrimonio, que á sus ojos debía ser la consecuencia de toda afección viva, se había preguntado si el padre de Colombán (antiguo hidalgo inficionado probablemente con las preocupaciones de su casta) consentiría nunca en que su hijo se casase con una huérfana sin fortuna y sin nombre.

En realidad, el padre de la joven era capitán, y había muerto en el campo de batalla; pero en la época á que hemos llegado, la restauración había puesto tal línea divisoria entre la espada que había servido á Napoleón y la que sirviera á Luis XVIII, que nada tenía de extraño ni aun para Carmelita que el conde de Penhoel no consintiese en el matrimonio de su hijo con la hija del capitán Gervais.

La primera idea que se le ocurrió á Carmelita fué que el padre de Colombán había sabido la intimidad en que vivían los tres jóvenes, y llamaba á Colombán para hacer que cesase.

Sublevóse el orgullo de la joven, y no hizo más preguntas.

Fué un día triste aquel, sobre todo, en aquellas últimas horas que los tres amigos pasaron reunidos, horas en que muchas veces se detuvo la palabra sobre los labios, y en que las lágrimas cayeron de los ojos.

Pero durante aquellas horas supremas, ni una palabra, ni una mirada del austero bretón denunció la pasión devoradora que ocultaba en su pecho.

Como el joven de Sparta, se dejaba desgarrar las entrañas con la sonrisa en los labios.

Es verdad que aquella sonrisa era la de la tristeza.

Llegó la hora de la marcha. Colombán dijo adiós á Carmelita con un beso amistoso estampado sobre las dos pálidas y húmedas mejillas de la joven; después salió arrastrado por Camilo.

Camilo acompañó á Colombán hasta la diligencia.

Allí, llamándole aparte por última vez, hizo Colombán jurar á su amigo que respetaría la joven que debía ser su mujer, hasta que lo fuese.

Después volvió Camilo á la casa de la calle de Santiago, donde encontró á la joven bañada en lágrimas.

En efecto, ¿no era romper el corazón de Carmelita romper el último lazo que aun la ligaba á su vida de otro tiempo? La amistad de Colombán, el recuerdo de la abnegación y del reconocimiento á la cabecera de su madre difunta, le había servido de transición entre el pasado y el porvenir; ¡aquella marcha arrancaba del corazón de la huérfana los últimos fragmentos de su infancia! En adelante sola en el mundo (porque Colombán no había dicho cuándo volvería) no pudiendo pedir amistad y protección más que á Camilo, es decir, á un joven cuya ligereza y disipación se le presentaban comparadas con la grave ternura de Colombán en toda su temible verdad, se había apoderado de ella una de esas tristezas profundas que rayan en la desesperación, y se sentía ahora aislada, perdida en ese desierto aislado que se llama mundo, sin afección, sin fuerza, sin apoyo.

Lloraba pues, ¡pobre niña! amarga y abundantemente cuando llegó Camilo.

Al ruido que hizo el criollo al entrar, Carmelita no le-

vantó la cabeza más que para ver si por casualidad Colombán había vuelto con él.

Al verle solo, dejó caer otra vez la cabeza sobre el pecho.

Camilo permaneció un instante silencioso en el umbral de la puerta: estaba menos adelantado en el corazón de la joven que lo que creía.

Comprendió también, que no de él, sino del bretón, era de quien era preciso hablar.

— Vengo á traerlos, dijo, de parte de Colombán la seguridad de su amistad.

— ¿Qué amistad es esa? preguntó Carmelita con aire sombrío; ¡ amistad que se toma y se deja á voluntad! Si yo hubiese debido marcharme, ¿ no hubiera prevenido al instante á mis amigos de mi proyecto concebido de marchar? Y habiéndolo concebido, ¿ lo hubiera ejecutado tan pronta y tan cruelmente?

¡ Pobre Carmelita! Olvidaba ó aparentaba olvidar lo que le había dicho Colombán de la carta de su padre.

Comprendió Camilo lo que pasaba en el corazón de la joven, y también el partido que podía sacar de aquella pretendida oposición del padre de Colombán; pero una carta de Colombán, si Camilo se apoyaba en este motivo, podía sorprenderle *in fraganti* delito de mentira, y Camilo sabía que el recto corazón de la huérfana podría perdonárselo todo menos la mentira.

Resolvió pues aproximarse á la verdad.

— Creed, querida Carmelita, dijo, que sólo un poderoso motivo ha podido determinar á Colombán á partir.

— Pero en fin, ¿ qué poderoso motivo es ese? preguntó Carmelita; rehusar confiármelo; no es decirme que es ofensivo para mí.

Camilo calló.

— ¿Cuál es? veamos, hablad; replicó Carmelita con cierta impaciencia.

— No puedo, Carmelita.

— Pues debéis decirlo, Camilo, si queréis que mi amistad para Colombán sea como es sincera y fuerte; debéis decirlo, porque no os es permitido dejarme sospechar de vuestro amigo; es vuestro deber justificarle, puesto que yo le acuso.

— Sé todo eso, Carmelita, lo sé, exclamó Camilo; pero no me preguntéis por qué ha marchado Colombán... Por vos, por mí, por todos nosotros, no me lo preguntéis.

— Al contrario, os lo pregunto imperiosamente, respondió la joven; si es que quiere evitarme un disgusto, hablad, porque ningún disgusto puede ser mayor para mí que el que me ocasionará una amistad vendida. Explicaos pues, en nombre de la lealtad.

— ¿Lo queréis, Carmelita? dijo Camilo fingiendo ceder á la violencia.

— Lo exijo.

— Pues bien, ha partido...

Detúvose Camilo, como si su lengua se negase á obedecerle.

— Decid, decid.

— Pues bien, Colombán ha partido porque...

— ¿Por qué?

— Porque... repitió vacilando el joven.

— Vamos, decid.

— ¡ Oh! ¡ Es que es tan difícil decirlo, Carmelita!

— ¿No es pues verdad?

— La verdad pura.

— Entonces decidla pronta y atrevidamente.